

donde se deduce que el significado de «mens innocens» puede entenderse a la luz del verso siguiente: el ánimo guardó fe. Es decir, el pecado de Pedro fue una negación, una cobardía, una mentira, pero internamente seguía creyendo. En apoyo de esta exégesis está también San Ambrosio.

Como he señalado, se trata de matices totalmente opinables y que el lector detecta fácilmente dadas las constantes citas de Prudencio que aduce Padovese. De pensarse en posteriores ediciones pediríamos al Autor que en los textos citados de Prudencio se anote la conveniente separación de versos.

LUCAS F. MATEO-SECO

J. N. D. KELLY, *Primitivos Credos Cristianos*, traducción de Severiano TALAVERO TOVAR, del original inglés, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario, 1980, 527 pp., 14 × 21.

Durante lo que va del presente siglo se vienen multiplicando en no pequeño número los trabajos científicos sobre el Símbolo de la fe cristiana. Ello señala el interés, cada vez mayor, que muestran los investigadores a esta especialidad de la teología. Precisamente, el prof. Kelly es uno de los estudiosos que más trabajos ha presentado al respecto, y el libro que en estas líneas presentamos es, sin duda, una de sus mejores contribuciones a la teología del cristianismo primitivo. Se trata de la recopilación sistematizada de todas aquellas autorizadas opiniones, y diseminadas en las más distintas publicaciones, sobre el origen, contenido, transmisión e influencia doctrinal de los «credos», que la Iglesia primitiva ha promulgado, como exponentes de su identidad.

El volumen se articula en trece capítulos bien definidos y elaborados metodológicamente, según la concepción cronológica. La primera división que el autor hace, se detiene en presentar, con un minucioso examen de textos, los primeros credos o fragmentos de credos neotestamentarios. El profesor anglicano Kelly escribe que «ni una probabilidad general, ni la evidencia de los documentos da pie alguno para suponer que en los tiempos del Nuevo Testamento existieran credos estereotipados, de texto intocable, tales como fueron corrientes después» (p. 21). Sin embargo, el autor no participa totalmente de la teoría de Harnack, y otros, que, como es sabido, propugnan la tesis de que «credos», en el sentido propio del término, no aparecieron hasta mediados del siglo II después de Cristo. Kelly prueba con argumentos sólidos el hecho de que la Iglesia, durante la época apostólica, tuvo un «credo», en el sentido amplio del término, es decir, un cuerpo doctrinal reconocido. Así lo manifiestan —dirá el antiguo profesor de Oxford— los distintos fragmentos de fórmulas de fe neotestamentarias.

*Credos y bautismo*, que es el título del capítulo segundo, se detiene a examinar las diversas ocasiones y circunstancias eclesiales que contribuyeron a expresar los principales artículos de la fe cristiana. La finalidad presente del autor es determinar, pues, el ambiente que dio origen a las

declaraciones públicas de dicha fe, y «los motivos que empujaron a los cristianos a formularlas» (p. 47). Kelly recoge la tesis de H. Lietzman, sobre la raíz bautismal de los credos, e introduce la no pequeña diferencia entre el origen de las fórmulas de fe y el modo de su transmisión. Es teoría comunmente aceptada la relación entre credos y bautismo, pero nuestro autor no ve, precisamente en los años primeros del cristianismo, que dicha relación sea tan evidente como parecen demostrar otros estudiosos; Kelly piensa que las raíces de los credos «hay que situarlas no tanto en la iniciación sacramental del cristiano para entrar en la Iglesia, sino más bien en la preparación catequética que la precedía» (p. 69). Pensamos que estas últimas palabras del profesor inglés señalan una diferencia entre la preparación del bautismo y la ceremonia de su recepción; pero, sinceramente, entendemos que no se puede señalar un límite tan marcado, si no queremos ser tildados de anacrónicos, como el señalado por el autor. Cierran el capítulo unas páginas dedicadas al estudio histórico del término «símbolo», que llegaría a convertirse en la designación normal de la confesión o declaración de las distintas fórmulas de fe.

En el capítulo tercero del volumen, el autor se propone examinar la evolución de las fórmulas de fe en el período comprendido desde finales del siglo I hasta mediados del III. Las densas páginas de la presente división abordan, entre otros, los siguientes puntos: la fecha y modos concretos en que comenzaron a aparecer resúmenes oficiales de fe, el desarrollo concreto de las profesiones bautismales y en relación con otras clases de credos, la medida en que influyeron factores externos en el contenido de los credos primitivos, las relaciones entre «regla de fe» y credo, etc. Las fuentes estudiadas fundamentalmente por Kelly se hallan en los escritos de los Padres Apostólicos y Apologistas, tanto de Oriente como de Occidente. Ciertamente es muy grande y prolija la panorámica que nos ofrece el presente capítulo, no sólo por el contenido tan impreciso que a veces se encierra en los documentos estudiados por el profesor de Oxford, sino por la multitud de cuestiones plateadas. No obstante, se pueden sacar algunas conclusiones de estas páginas: durante los siglos II y III son abundantes los credos existentes, en el sentido amplio del término; existían, básicamente, tres tipos de fórmulas: las trinitarias, las bimembres y las cristológicas; los diferentes tipos de profesiones se combinan mutuamente de mil maneras; la terminología de las distintas fórmulas está ya más o menos fijada; pero, finalmente, no se puede afirmar que durante esta época existan credos en el sentido estricto del término.

La finalidad del cuarto capítulo es la de examinar el documento que se ha identificado como el antiguo credo bautismal en la Iglesia de Roma, investigar los argumentos que lo avalan y ofrecer una panorámica de su historia. Efectivamente, Kelly estudia las aportaciones documentales de Rufino de Aquileya y de Marcelo, el obispo capadocio de Ancira; igualmente, pone de relieve las semejanzas y diferencias de los textos transmitidos por Tertuliano y san Hipólito. Recogiendo los elementos válidos de las teorías de B. Capelle, K. Holl, A. von Harnack, H. Lietzman y J. Lebreton, el profesor anglicano aventura como fecha probable de composición del credo romano mediados del siglo II, enlazando con la fe y práctica de la Iglesia del siglo I.

En el capítulo quinto, el Autor va desgranando, artículo por artículo, *La doctrina del antiguo credo romano*. Estas páginas demuestran cómo el credo romano no era más que un compendio de teología popular, concretando en cada una de sus cláusulas la fe de la Iglesia primitiva. De forma sencilla, Kelly expone la idea original de cada uno de los artículos, en el tiempo y ambiente en que fueron compuestos. Destaca, por la extensión que el Autor les dedica, las cláusulas «del Espíritu Santo y de la Virgen María», pertenecientes al artículos cristológico. Una mínima advertencia material quisiéramos hacer en este capítulo: hemos echado en falta la nota 87 de la página 185.

A continuación, se pasa a recordar los *Credos occidentales y orientales* más importantes, distintos del romano o derivados de él. La cronología corresponde a los siglos III-VI. Después de exponer algunos credos occidentales y orientales, Kelly recuerda, una vez más, las hipótesis más importantes que los investigadores han promovido al objeto de intentar establecer alguna relación entre los credos orientales. Para el Autor, está claro que «coexisten formularios de distinto tipo en amigable competencia, sin que ninguno de ellos tuviera el monopolio» (p. 245).

Los capítulos siguientes, o sea, el séptimo y octavo del libro, tienen como objeto de reflexión el credo del primer concilio ecuménico. En el primero de estos capítulos, el autor estudia el origen remoto y próximo del credo promulgado en Nicea el año 325, las vicisitudes en la transmisión del texto, y la consideración que de este credo se tuvo como criterio para medir y certificar la ortodoxia doctrinal de obispos y teólogos. El contenido doctrinal de la fórmula de fe nicena es objeto de estudio detallado en el capítulo que sigue. Recibe especial tratamiento, por parte del autor, el término *homooúision*. Finalmente, el profesor de Oxford intenta conciliar las diversas posturas de los distintos autores, acerca del silencio en que, poco después del año 325, quedó sumido el credo niceno durante, más o menos, una generación completa.

Signe una exposición sobre *La época de los credos sinodales*. De manera sucinta, el autor se ocupa de las más importantes asambleas de obispos que redactaron y publicaron fórmulas de fe. En este capítulo se rememoran las fórmulas de los distintos concilios o sínodos que tuvieron lugar en Antioquía, Sardes, Sirmio, Seleucia, etc. La panorámica presentada por el Autor es demasiado amplia como para ser delineada con sus concretos pormenores; de ahí, que únicamente sean presentados los trazos más generales por los que atravesó la fe promulgada en Nicea.

Al igual que hizo con la fórmula de fe del concilio ecuménico primero, Kelly también dedica dos capítulos a la promulgada por el concilio de Constantinopla, celebrado en el año 381. La fórmula constantinopolitana es presentada de forma material (texto y su transmisión, comparación con la nicena, etc.) en el capítulo décimo del volumen. El origen y composición del texto, junto con su promulgación son objeto de un amplio estudio por parte del autor. En efecto, son abundantes las páginas dedicadas a esos aspectos materiales, pero los muchos puntos oscuros que todavía subyacen al respecto, así lo exigen. Pero, porque son abundantes las complejidades, quisiéramos reparar en que no es bueno añadir otras sin necesidad; nos estamos refiriendo a una frase que puede leerse en la

p. 358: «...y en el quinto concilio ecuménico (también de Constantinopla) del año 553, parece que ya se da por probado que C (constantinopolitano primero) es igual a N (símbolo niceno) *corregido y aumentado*». A decir verdad, pensamos que la lectura detenida de las actas de dicho concilio (cfr. Mansi, *Sanctorum conciliorum...*, vol. 9, pág. 179) no podrá corroborar el adjetivo *corregido*, que aquí se utiliza. Ni material ni formalmente puede sostenerse tal calificativo. En último lugar, el autor presenta la doctrina e historia del símbolo constantinopolitano, haciendo referencia explícita a las doctrinas heréticas que fueron combatidas, tanto cristológicas como pneumatológicas, y el uso bautismal y eucarístico de que fue objeto la fórmula del segundo concilio ecuménico. Cierra el capítulo undécimo del libro una extensa digresión histórico-doctrinal de la inserción del «Filioque» del artículo tercero del Credo.

Junto con el credo constantinopolitano, la profesión más importante de fe es el llamado Credo de los Apóstoles. Precisamente, esta última fórmula es la que preocupa, en los dos últimos capítulos del presente volumen, al investigador inglés. En efecto, el capítulo duodécimo está dedicado al estudio del *textus receptus* del credo apostólico, con las semejanzas y diferencias que guarda respecto al antiguo credo romano. En el capítulo siguiente y último del libro, Kelly aborda la complicada y difícil cuestión del origen del credo apostólico; la pronta aparición del credo en los escritores antiguos y las múltiples variantes entre unos textos y otros forman la base con la que el profesor de Oxford emprende la tarea de determinar dónde nació el *textus receptus* del Credo de los Apóstoles. Después de poner en duda, aunque no excluye la posibilidad, el origen romano del Credo, según las teorías de Hahn y Burn, expone las razones que a otros investigadores les ha llevado a rechazar ese origen romano. Por último, el autor se inclina a pensar, y no le faltan argumentos, que la cuna del *textus receptus* hay que buscarla en el sur de las Galias; sin embargo, tal hipótesis encierra todavía muchos puntos oscuros al respecto.

Un *Índice de Autores y Materias* cierra las páginas del volumen. Se trata, como ya hemos indicado, de una investigación que recopila la mayor parte de los estudios de los últimos años sobre las fórmulas de fe más antiguas. Sin duda, la organización y distribución del abundante material con que ha contado el profesor Kelly es digna de encomio. Su capacidad de síntesis y metodológica exposición convierten al presente volumen en un instrumento de trabajo imprescindible para todo aquel que desee un acercamiento fructuoso de la historia y doctrina de los primeros siglos de la teología cristiana.

De otra parte, es verdad que se detecta por parte del autor un cierto distanciamiento de la Iglesia romana, sobre todo cuando se tratan cuestiones relacionadas con la fórmula nicena y con el origen del Credo apostólico, pero en nada empañan la labor investigadora del profesor Kelly. Hubiera sido más cierto confrontar determinados personajes eclesiásticos de específicos lugares con otros de distintas áreas geográficas, que enfrentar las Iglesias mismas en que dichas figuras se hallaban insertados.

Por lo que a la traducción castellana se refiere hemos de advertir algunos fallos tipográficos, que en variados lugares —ya hemos señalado algunos— pueden dar pie al equívoco; un ejemplo, al respecto, puede verse

en la página 128, donde se da la fecha del 430 como año de celebración del sínodo romano, en vez del 340. No obstante, a pesar de estos deslices, fácilmente corregibles para próximas ediciones hemos de confesar nuestra felicitación por el trabajo aquí ofrecido.

MARCELO MERINO

SANT'AGOSTINO, *Natura e grazia*. I. *Il Castigo e il perdono dei peccati ed il battesimo dei bambini*. *Lo Spirito e la lettera*. *La Natura e la Grazia*. *La perfezione della giustizia dell'uomo*, intr. gen., introd. particolari e note di A. TRAPÈ, trad. I. Volpi, Roma, Città Nuova ed. («Opere di Sant'Agostino», n. XVII/1), 1981, pp. 570 + CCXV, 17 × 23,5; II. *Gli Atti di Pelagio*. *La grazia di Cristo e il peccato originale*. *L'anima e la sua origine*, introd. e note di A. TRAPÈ, trad. I. Volpi, indici F. MONTEVERDE e I. VOLPI; en apéndice: *Frammenti riuniti di opere pelagiane*, Roma, Città Nuova ed. («Opere di Sant'Agostino» n. XVII/2), 1981, pp. 702, 17 × 23,5; *Matrimonio e Virginità*. *La dignità del Matrimonio*. *La santa Virginità*. *La dignità dello stato vedovile*. *I connubi adulterini*. *La continenza*. *Le nozze e la concupiscenza*, intr. gen. de A. TRAPÈ, intr. traduz. e note di M. PALMIERI, V. TARULLI, N. CIPRIANI; indici F. MONTEVERDE, Roma, Città Nuova ed. («Opere di Sant'Agostino», n. VII/1), 1978, pp. 514 + CVI, 17 × 23,5.

Vale realmente la pena señalar la gran obra, que va rápidamente progresando, llevada a cabo por el benemérito profesor A. Trapè del Instituto patristico *Augustinianum*. Este infatigable y profundo estudioso nos ha proporcionado en estos últimos diez años las espléndidas ediciones bilingües de las *Confesiones*, del *De Trinitate*, y del *De Civitate Dei*, es decir de lo fundamental del pensamiento agustiniano. Más recientemente, y de acuerdo con el plan global de publicación, el mismo Prof. Trapè ha alentado, promovido y presentado los volúmenes de la colección relativos al Matrimonio y la Virginitad (vol. VII/1), y a la controversia con los pelagianos (vols. XVII/1 y 2). No nos vamos a detener en la traducción, que es excelente, ni en la presentación sumamente esmerada y rigurosa (títulos laterales, índices, impresión nitidísima) por ser cualidades de sobra conocidas por los lectores de esta primorosa *Opera Omnia* del Doctor de Hipona, que bien se puede llamar modélica. Nos interesa, en cambio, detenernos en las *introducciones* generales y particulares a las obras agustinianas, porque entendemos que están relacionadas entre sí y constituyen un bloque de notable consistencia especulativa, que circunscribe y define un tema apasionante: la relación entre lo natural y lo sobrenatural.

Hemos tenido ya ocasión de explicar en estas páginas las ideas que el prof. Trapè ha defendido y defiende con noble pasión intelectual (cfr. recensión a *Sant'Agostino*. *L'uomo*. *Il pastore*. *Il mistico*, en *Scr. Theol.* 10 (1978) 721). Las hemos encontrado de nuevo, sistematizadas y expuestas con lucidez, en el primer volumen de *Natura e Grazia*, pp. IX-XVI: *questioni preliminari*. Se trata de la interpretación global del pensamiento